



SILVIA GARCÍA

# CONSPIRACIÓN

La cita era a la noche de un miércoles de febrero —ignorábamos que iba a nevar a cántaros— en las ruinas del templo de A., pero pasados diez minutos de intriga telefónica el lugar nos pareció poco realista, aunque nos cuidamos bien de decirlo. A todas luces era mejor una reunión tranquila en la casa de H., que tenía que cuidar al nieto de tres años. No era realmente su casa, desde luego. Era la casa de una hija y el yerno, que estaban de viaje, pero él tenía un departamentito en el primer piso y ofreció preparar las bebidas y las pipas. Nosotros prometimos llevar sandwiches y caramelos, a pesar de la diabetes generalizada. Tampoco era seguro que pudiéramos fumar: había alguna asmática en el grupo, alguna indeterminada sospecha de cáncer de pulmón, y además estaba el niño. No íbamos a intoxicar a

un niño de tres años, decían todos. Pero el chico dormía en otro cuarto.

A mí me gustaba lo de las pipas, en cualquier caso, y a Z. tenían que encantarle: uno que ha utilizado relámpagos como quien usa un anillo no se puede dejar intimidar por una pipa. Este maldito asunto de ya no ser inmortales era a priori bastante ruin, pero ahí no terminaba todo. Envejecíamos como ciruelas secas. Nos enfermábamos. Estábamos indefensos.

La idea provino de A., que incluso más allá de su edad y sus problemas de salud se estaba volviendo cada vez más extraña. Siempre había sido una chica intratable. Había nacido así, con esos ojos fulminantes y el escudo que llevaba todavía, disimulado entre abrigos de piel sintética; fue la primera en llegar esa noche a la guarida de H. Después llegué yo, con el sobretodo cargado de

la nieve de afuera y las piernas atravesadas por el reumatismo –yo, que había sido capaz de paralizar de terror a un mundo–. Sabíamos que era temprano, pero la adrenalina nos corría por los oxidados huesos como en aquellas épocas en que todo era nuevo, y tuvimos que esperar a los demás –la siempre espléndida C., el arrugado Z., el indescifrable P. y las tres hermanas M., quienes soportaban la ancianidad desde siempre y acaso no estaban tan golpeadas por las cosas como el resto.

A. me dirigió una mirada de profundo desagrado, como de costumbre, pero algo vio que la hizo pasar de la hostilidad intensa a un tolerable fastidio.

—Veo que has abandonado las flechas, Ares –dijo maliciosamente.

No pude contestarle por un ataque de tos. Yo había insistido en fumar.

—Hija, se terminó el tiempo de las asperezas. El cuerpo no nos da ni para odiarnos –intervino Z., quien, para mi sorpresa y burla, había declinado la oferta de la pipa. El gran príncipe tenía blancos los pocos cabellos que le quedaban y vivía en un asilo de cierto prestigio. La viudez lo había derrumbado como a un muro de cáscaras de huevo.

La bella C., bella aún con la peluca de color frambuesa y el maquillaje infinito sobre las arrugas, me miró sin el fuego que un día me había dedicado y luego clavó los ojos en A. En el fondo habían sido antagonistas, esas dos, pero ahora algo estaba ocurriendo.

—Padre –dijo C.–, no se terminó nada. Para llorar por los efectos de la quimio me hubiera quedado en casa, donde al menos hay calefacción.

—Perdona –dijo H., el anfitrión– realmente se me pasó por alto. Estoy tan ocupado con el niño que olvido esas cosas –y se dirigió al termostato.

—Tenía entendido que la del Alzheimer era otra –interrumpí, feliz de devolver a A. su gentileza anterior. A. se aferraba desesperadamente a su lucidez meridiana y la enfermedad la había atacado en su centro vital. No creo que le quedara mucho tiempo, al menos como persona autónoma. Se hizo un silencio en torno a la mesa llena de comida dietética y algunos trozos de pastel; yo había traído una pequeña botella de ron para no resignarme al agua mineral y la naranjada.

—Cállate –siseó C., antes de que la propia A. se defendiera.

—Bueno –soltó A., lentamente– yo lucho como puedo contra un mal que se me impuso. No como algunos cirrósicos voluntarios.

La asamblea clavó los ojos en mi botella rojiza. No sé si habían oído los rumores sobre mi última cura de desintoxicación en Epidauro, pero sospeché que sí, que todo se sabía.

Sonreí.

—Moriremos. Está claro que moriremos. Ni una sabelotodo se va a salvar. ¿No es mejor disfrutar de lo último mientras se pueda, Cipris bonita, querida?

—Cállate —volvió a escupir C.—. Yo seré hermosa, pero nunca he sido estúpida.

—Miren lo que conseguí —balbució P., al que le faltaban algunos dientes. Depositó

otra botella sobre la mesa: despedía un resplandor dorado.

—¡Néctar! —chirriaron las Moiras con sus voces de insecto embalsamado— ¿De dónde lo sacaste?

P. sonrió, dejando ver los huecos en su dentadura. En medio de la decrepitud su cara tenía la astucia infantil de un gnomo.

—Bajé la semana pasada a ver a un amigo, un químico. Hace unos días. Le robé un poco de néctar del laboratorio.

No en vano P. nos había robado a nosotros, en el pasado, unas semillas de fuego, y se las regaló a los ignorantes de allá abajo. Entonces se le castigó: no nos imaginamos que las cosas se iban a revertir de ese modo.

—Y te devuelvo lo tuyo, antes de que alguien me lo robe —agregó P., entregándole a H. unas alitas caídas y gastadas. No eran más grandes que espuelas.

H. lanzó una risotada algo histérica, mientras se ajustaba las alitas en los tobillos.

—¡Sí señor! —jadeó desde las profundidades de una garganta jaqueada por la nicotina—. Todavía podemos dar algunos golpes.

Nos inclinamos sobre la mesa para repartirnos hasta la ínfima gota en nuestras copitas. Después de tantos años, casi era como beber por primera vez. Palademos los últimos sorbos con los ojos cerrados, como quien sale de una casa helada a una siesta de sol.

—Muy bien —empezó A., volviendo en sí—. Vamos a hablar de nuestro asunto.

—Mira, Atenea —la detuvo H.— la reunión está bien, incluso podríamos vernos todos los meses. Todas las semanas, no sé. Pero no teagas ilusiones. Estamos como estamos, y no se puede volver atrás.

—¿Quién lo dice? —gritó C., dando una palmada sobre la mesa—. Antes éramos nosotros los que decidíamos las cosas, y ahora tenemos que arrastrarnos como gusanos. Lo que cambió una vez puede volver a cambiar.

—La historia no terminó —murmuraron las Moiras, entre risitas levemente malévolas.

Z. salió de alguna dimensión en la que andaría perdido.

—¿Qué estamos haciendo aquí?

—Padre —contesté, con todo el sarcasmo del que fui capaz—, las chicas superpoderosas creen que podríamos volver a la inmortalidad.

Las Moiras empezaron a protestar.

—La inmortalidad en este estado no le gusta a nadie —dijeron.

—Nadie habla de la inmortalidad, es otra cosa —A. alzó la voz. Sus ojos glaucos parecían atravesar las paredes—. Tengo un plan.

Zeus frunció el ceño. Por primera vez desde que había perdido su poder, volvió a tronar en el gran cielo.

—¿No se trata de la inmortalidad? ¿Pero qué quieres que hagamos?

—La revolución —dijo Atenea.

SILVIA GARCÍA, nace en agosto de 1970 en la provincia del Chaco, Argentina; es traductora de inglés y desde el año 2000 es residente española.

Ha obtenido premios, sobre todo poéticos, género literario con el que se siente más familiarizada.

Ha publicado: *Calendario* (poesía), *Cuentos de Hadas* (poesía) y *El mundo está lleno de sorpresas* (relatos), todas ellas con *Ediciones Corregidor*, de Buenos Aires.

Desde hace un par de años trabaja con micro-cuentos y a veces con cuentos más largos, aunque, comenta, la prosa se le resiste y le resulta muy caprichosa.

Ganadora de la XIII edición del premio de Cuentos “Ateneo de La Laguna” (2007) con la obra *Pequeñas historias de mujeres, hombres y animales* (en prensa).